

Dulce Maria Cardoso

Todo son historias de amor

TRADUCCIÓN DE PEDRO RAPOULA Y JERÓNIMO PIZARRO



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *Tudo são histórias de amor*,  
Tinta da China, 2014

Todo son historias de amor  
Dulce María Cardoso

Primera edición: febrero de 2020

- © Dulce María Cardoso, de acuerdo con la Agencia Literaria Mertin Inh.  
Nicole Witt e. K, Frankfurt am Main, Alemania  
© de la traducción del texto, Pedro Rapoula y Jerónimo Pizarro  
© de la ilustración de la cubierta, María Cano

Edición © La Umbría y la Solana, 2020  
c/ Pez Austral, 11  
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es  
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela  
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado  
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-948327-9-6  
Depósito legal: M-2655-2020

Impresión: Calprint Digital  
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## ÍNDICE

Todo son historias de amor .....	9
El corazón de mi mundo o el loro al que le gustaban los «bolos de arroz» .....	25
Autobiografía o la historia de un crimen premeditado .....	45
En busca de los yos desconocidos .....	51
Cosas que me gustan y se mueren entre mis dedos .....	65
Olmos .....	77
Chubby Bunny .....	85
La mosca y la copa de vino rosé .....	91
Iguales .....	99
Los ángeles por dentro .....	109
Humal .....	121
Este azul que nos rodea .....	131
La concubina .....	155
Retrato de un joven poeta .....	161
Y desde entonces no me he muerto .....	173
La biblioteca .....	181
Desaparecida o la Justicia .....	193
Pánico .....	207
No olvidarás .....	215

## Todo son historias de amor

Me llamo Jinja. Jinja con jota. Mestizo, porte mediano, pelo dorado, orejas colgantes, ojos de ablandar las almas más duras. Morí en Lisboa el 8 de octubre de 2013, hacia las diez y media de la mañana. Fue un martes. Hubo huelga en el metro y el tráfico estuvo más caótico de lo habitual. Hizo sol. Temperatura máxima de 28 y mínima de 17 grados centígrados. Según las estadísticas, el promedio de las temperaturas en esa época del año oscila entre los 21 y los 14 grados centígrados. Por consiguiente, fue un día anormalmente caluroso. Nunca supe el día en que nací, pero ya era vieja. Tenía problemas cardíacos, tos y articulaciones desgastadas.

El día de mi muerte, el primer ministro dio un discurso en el V Congreso Nacional de Economistas sobre la crisis económica que vivía Portugal, pero aseguró que el país, en su conjunto y con todas sus instituciones, daría un ejemplo a Europa y al mundo, uno del que se hablaría durante mucho, mucho tiempo. Se realizó otro sorteo del Euromillones, el 631, y salieron los números 23, 24, 26, 33 y 42. Las estrellitas fueron el 3 y el 5. No hubo ganador.

Tampoco le gané a la muerte. Tal vez no sea correcto hablar en estos términos, en especial porque no hubo una lucha. La muerte llegó y yo me dejé llevar. Pero como la

muerte suele ser considerada la adversaria de quien muere, no corro el riesgo de parecer excesivamente metafórica cuando afirmo que no le gané a la muerte. Aunque de cierta forma sí le gané, ya que estoy aquí escribiendo. Haber sido una perra y escribir después de muerta no solo parece extraño, es efectivamente extraño. A menudo la realidad es más improbable que la más improbable de las ficciones. Por esto gran parte de la realidad no tiene lugar en la literatura. Pero eso es otro asunto, al que podré regresar si siento ganas. Tiempo tendré, ciertamente. La eternidad está hecha de tiempo y no hay ser viviente que pueda imaginar tal desmesura. Ni tal inutilidad. Lo que sobra se vuelve automáticamente inútil, y para los humanos lo que es inútil no tiene razón de existir. Transformar todo en utilidad, he aquí el gran desafío que aceptan para orientar sus vidas. También tendré tiempo de regresar a este asunto. Dudo que tenga ganas. A pesar de ser nueva en esto de la muerte, ya entendí que el exceso de tiempo hace que se aplace todo, hasta la propia voluntad.

Ahora advierto que no he dicho lo más importante: estoy escribiendo un texto sobre Lisboa porque me metí en la cabeza de Dulce. Debería haber empezado por aclarar esto. Un error de principiante, lo reconozco. Hay un orden que debe ser respetado cuando se cuenta cualquier cosa. Pero quizás no sea grave. Los errores pueden acortar la distancia entre quien escribe y quien lee. En la vida, en general, también es así. Aunque la perfección nos atraiga, lo que acaba siempre por unirnos son los errores. Ya las infinitas posibilidades de volver a empezar son otro asunto. Si no fuera por las infinitas posibilidades de volver a empezar, la vida y la literatura podrían ser una y la misma cosa.

Volviendo a empezar: me llamo Jinja. Morí hace cerca de un mes, en una mañana cálida de otoño. Fue después de eso que me metí en la cabeza de Dulce. Dulce intentó varias ideas para un texto que estaba escribiendo sobre Lisboa, nuestra ciudad. El inicio era más o menos este:

### *Metamorfosis*

*De regreso a Ítaca, casi veinte años después de haber partido, sintiendo la falta de Penélope, su amada, pasó Ulises por la Tierra de las Serpientes, el más hermoso lugar que alguna vez había visto. Fascinado por tanta belleza y aplazando una vez más su reencuentro con Penélope, juró Ulises levantar una ciudad a la que llamaría Ulisea. La reina de la Tierra de las Serpientes, la diosa Ophiusa, mitad mujer mitad serpiente, al enterarse de la voluntad de Ulises reunió sus guerreras en número de miles y le declaró la guerra.*

*En Ítaca hacía mucho que nadie creía que Ulises estuviera vivo, pero el corazón de Penélope le decía que el amado regresaría. No sabiendo cómo contrariar a su padre, que, juzgándola viuda, la quería casar nuevamente, Penélope hizo coincidir la fecha del matrimonio con el día en que acabara de tejer un sudario a Laertes, padre de Ulises. Para que el día del matrimonio nunca llegara, deshacía Penélope todas las noches gran parte de lo que durante el día tejía.*

Dulce era amiga de Maria João, pero ya no nos veíamos hacía mucho tiempo. Amé mucho a Maria João. Fue ella quien me descubrió callejeando en un descampado cerca de su casa. Durante semanas, Maria João y yo nos observábamos, aunque no nos acercáramos una a la otra. Me traía comida, pero el miedo en mí era más grande que la tremen-

da hambre. Yo ya había aprendido, con los años que llevaba en la calle, que los mayores peligros venían enmascarados de generosidad. Yo era una perra prevenida. Maria João se alejaba para que yo comiera y se quedaba vigilándome, allá lejos, escondida entre los coches. Tan pronto yo olía la comida, el hambre crecía aún más y era imposible resistir. Ella esperaba que terminara de comer. No tardaba mucho, yo era una perra ávida. Nunca dejé de serlo, la memoria del hambre nunca se olvida.

Aquel descampado se volvió mi casa. Estaba preñada, y el muro del Metro y unos arbustos altos eran una buena protección. Después de haber parido, dos cachorros muertos y uno tan atrofiado que no sobrevivió, perdí las ganas de permanecer allí. El único problema era que Maria João seguía viniendo y esperándome a lo lejos, llamándome sin llamarme. Me atrevía a creer que la dedicación de alguien con fines maléficos no podía durar tanto y accedí a que nos acercáramos. Hice bien. Maria João me llevó a su casa, me abrió su corazón e hizo que yo le abriera el mío.

Hasta ese entonces yo no sabía distinguir lo que era estar dentro y lo que era estar fuera. Casi todo lo que conocía era exterior. Como Lisboa. Conocía bien Lisboa, pero por fuera. Una ciudad casi no guarda misterios para quien la habita así, de una punta a la otra, a flor de piel. Esto podrá parecer poético a los necios y a los insensibles. Perdónense los primeros y cuídense los segundos.

### *Metamorfosis*

*Sigue caminando. Sin saber a dónde ir. Un paso. Otro. Otro. Los pies ya tan cansados. Las piernas en una resistencia inútil. El aire entrando a duras penas a los pulmones. No lo-*

*gra parar. Camina. Los ojos repletos de oscuridad. Camina. Siempre a la misma velocidad, sin prisa ni demora, no logra hacer nada más.*

*dentro de poco ya es mañana.*

*te estás engañando, la mañana todavía va a tardar. Pasa poco de la medianoche. La mañana todavía va a tardar y él no volverá a casa. La mañana llegará, pero él nunca más volverá a casa.*

*¿ahora hablas sola?*

*ante un dolor inhumano el cuerpo puede escoger la locura como salida de emergencia. Hay mucha inteligencia en los cuerpos.*

*era lo que él hubiera dicho. Estas frases impresionaban a los menos capaces de raciocinio o los más distraídos, como las mujeres jóvenes que seducía.*

*Sigue caminando. Los ojos quieren fijarse en cualquier cosa que les otorgue descanso, la parte alta de las grúas que torpemente intentan llegar al cielo, la lámpara de luz amarillenta, las puertas laminadas de los almacenes, el cemento de las aceras, el agua del río que se crispa en su camino hacia el mar, y luego sombras, oscuras, claras, más oscuras, más claras, fantasmas,*

*en la inminencia de un peligro, un peligro en serio, se empieza a ver en blanco y negro, para que todos los recursos del cerebro se concentren en la supervivencia. Estamos programados para la supervivencia, ¿entiendes? Si no fuera así, dejabas de caminar, te acercabas a la orilla y saltabas. Sería lo más simple. Acababas con mi voz dentro de tu cabeza, con ese dolor que te punza cada milímetro de la carne, con los días terribles que están por venir. ¿Quieres vivir los días que están por venir? Entonces, lo más simple sería saltar. Sin*



*embargo, ni siquiera te acercas a las orillas. Estamos hechos para sobrevivir, ¿entiendes?*

Fue Ana, una amiga en común, quien avisó a Dulce a través del chat del Gmail: Jinja murió, nuestra Jinja murió. La noticia de mi muerte en el rincón inferior derecho de la pantalla del ordenador, como una nota en el texto *Metamorfosis. Metamorfosis*. Unas más incomprensibles que otras. Unas más inútiles que otras.

No es fácil entrar en la cabeza de alguien. El sistema defensivo de nuestro pensamiento está permanentemente vigilante. Y más vigilante se pone ante lo que es extraño, lo que le es extraño. Solo que a veces se reúnen circunstancias que debilitan por momentos el poderoso sistema defensivo del pensamiento. Un mensaje en el rincón inferior derecho de la pantalla del ordenador, un puñetazo en el estómago, el entendimiento incrédulo, el corazón vacilante. Estas son grietas por las que puedo entrar por unos instantes, grietas que se cerrarán inmediatamente detrás de mí. Aquí estoy. De aquí ya no salgo.

Pero tampoco es fácil prosperar aquí. Nada fácil. La función principal del pensamiento dominante —el de afuera y el de adentro— es precisamente ejercer ese dominio: si casi nada se sabe acerca de lo que es semejante, ¿cómo puede saberse algo acerca de lo que es diferente? Si no se puede saber y entender lo que es diferente, ¿cómo se puede aceptar? El mundo que existe en la cabeza de uno es muy diferente del que existe en la cabeza de otro. Y ambos son muy diferentes —las diferencias son alarmantes— del mundo que existe fuera de nosotros, ese mundo que nos llega tamizado por los sentidos. No se sabe lo que los sentidos de

unos y de otros sienten ni cómo sienten, y por eso no podemos más que presentirnos.

Se dice que los perros ven en blanco y negro.

Pero quizás no nos sirva de mucho saber lo que los demás sienten o saber cómo los demás sienten. Tal vez el conocimiento y el entendimiento de poco nos sirvan. El amor es otra cosa.

¿Será posible amar a alguien que sea daltónico? ¿Sí? Entonces, da lo mismo.

Dicen que los humanos oyen una ínfima parte de lo que los perros oyen.

¿Será posible amar a alguien que sea sordo? ¿Sí? Entonces, da lo mismo.

La noticia en el rincón inferior derecho de la pantalla del ordenador no se podía borrar. No se podía deshacer. Ni la noticia ni la muerte. El texto, ese, sí. Siempre.

### *Metamorfosis*

*Era el día festivo de Todos los Santos y ya había pasado la mitad de la mañana. El pueblo rezaba en las numerosas iglesias erguidas con el dinero del oro y las especias llegadas del Imperio. De repente, el terremoto abrió zanjas que se tragaron casas, conventos, palacios. Los árboles, los animales y las personas fueron engullidos hacia el centro de la tierra, castigados de una forma de la que no se guardaba memoria. Ninguna otra ciudad había sido afligida así. Cuando las aguas retrocedieron, los supervivientes, aún aturcidos, pudieron ver el suelo del río y del mar, donde yacían buques y todo tipo de escombros. Olas gigantes, seis metros, catorce metros, veinte metros, saltaron por encima del puerto, hundieron la ciudad y llegaron hasta Sevilla, condenando a las profundidades a*

*todos aquellos que iban atrapando. El que, por buena o mala suerte, no fue arrastrado, tendría todavía que enfrentar los vendavales del fuego, atizados por velas y chimeneas abandonadas, que devoraron lo poco que resistió a los temblores y al agua, como si se hubiera determinado que no quedaría una piedra sobre otra en la ciudad. Lisboa ardió durante cinco días. Habrán muerto cerca de 90 000 de sus 275 000 habitantes y se habrá perdido la casi totalidad de las edificaciones, incluyendo el Palacio Real, la Casa de la Ópera, la biblioteca con sus 70 000 volúmenes y las pinturas de Tiziano y Rubens, el Archivo Real y los documentos relativos a los viajes de Vasco da Gama y de Cristóbal Colón, que iluminaban gran parte del misterio del mundo por descubrir. En la mañana del 1 de noviembre de 1755 Lisboa podría haber muerto.*

Las ciudades no pueden morir. Al menos no el tipo de muerte que exige cargar y enterrar un cuerpo, como el mío. Las ciudades solo pueden morir de muertes que las vuelven eternas. Como Sodoma y Gomorra, muertas por el fuego y azufre de Dios, como Pompeya y sus amantes abrazados, muertos por la lava del Vesubio. Lisboa también podría haber muerto tras aquel terremoto. Lisboa podría haber ganado la eternidad muriendo.

Nadie se atreve a comprender lo que es tan trágicamente incomprensible. Kant, Voltaire, Rousseau, Goethe y otros fabricantes del pensamiento que ha moldeado al nuestro han reflexionado sobre el terremoto de Lisboa. ¿Castigo de un dios irónico que salvó a los que pecaban en los burdeles en vez de perdonar a los que oraban en las iglesias? ¿Exhibición de un dios cruel que no escoge a quien suprime? ¿O tan solo una nefasta conjugación de causas naturales que a